

¿Y TÚ QUÉ DICES DE ÉL PUESTO QUE TE HA ABIERTO LOS OJOS?

(LOS JUDÍOS AL CIEGO DE NACIMIENTO, JUAN 9,17)

FERNANDO MONTES, S.J.

Es conmovedor el relato que hace San Juan de la curación de un ciego de nacimiento. En el capítulo nueve del último evangelio, escena tras escena, se va desarrollando un drama en el que los que ven van perdiendo la vista mientras el que nació ciego, poco a poco experimenta que sus ojos y su corazón se abren a la verdad que emana del Señor. La curación de los ojos del cuerpo se fue transformando en sanidad del alma; la luz física se fue convirtiendo en luz interior.

El proceso que llevó a ese hombre a caer finalmente de rodillas ante Cristo en actitud de adoración, fue un camino largo y doloroso. El encuentro definitivo con Jesús significó al ciego que sus padres se desentendieran de él, que perdiera su identidad pues ya nadie lo reconocía y finalmente que lo expulsaran de la sinagoga, entre altercados y peleas.

En medio de la disputa que suscitó el milagro, se situó la pregunta que queremos comentar: ¿Tú qué dices de Él? ¿Puesto que te ha abierto los ojos, qué opinión tienes de Él?

La respuesta de aquel hombre a esas preguntas fue paulatina. Se impresionó inicialmente por la humanidad del Señor y desde allí llegó a aceptar el profundo misterio. Contestó a sus adversarios que se interesaban por conocer su opinión, diciendo que Jesús era un hombre que hizo barro y lo puso en sus ojos; luego dio un paso más y lo reconoció como profeta y finalmente cayó de rodillas. Esta fue la respuesta definitiva. Más que una palabra fue un gran signo. Hincado, hizo su profesión de fe: "Creo, Señor". Con ese gesto adoró a Jesús como Dios y lo proclamó como Señor.

Puede ser interesante que nos planteemos la misma pregunta nosotros que hemos recibido tantas bendi-

ciones. ¿Qué decimos de Jesús? ¿Cómo hablamos de Él? ¿Con quién nos atrevemos a conversar sobre el Señor? ¿En qué ocasiones y bajo qué circunstancias brota en nuestros labios su nombre santo? ¿Cuántas veces, por el contrario, nos callamos por temor o desconcierto? ¿Es Él tan sólo un hombre excepcional? ¿Es para nosotros un profeta más entre los grandes maestros de la historia o caemos de rodillas en su presencia?

San Pablo cuando encontró a Jesús también quedó ciego y de tal modo se impactó con su cercanía, de tal manera se empapó de su presencia, que durante el resto de su vida hablaba sobre Él a tiempo y a destiempo. Sabemos que de la abundancia del corazón habla la boca. Por eso, preguntarnos por lo que decimos de Jesús es finalmente interrogarnos sobre el lugar que Él ocupa en nuestro corazón.

A lo largo de los siglos muchos mártires hablaron y proclamaron a Jesús entregándole sus vidas. Si les hubiésemos preguntado ¿qué decían de Él?, nos habrían contestado que su martirio era elocuente, que era el signo claro de que Cristo daba sentido a sus vidas y que ocupaba el centro absoluto de sus existencias. Nos habrían repetido que la adhesión al Señor, que su amor, valía más que la misma vida porque Él era para ellos alfa y omega, principio y fin de todo su existir.

La misma pregunta que le hicieron al ciego, podría resonar en nuestro corazón hoy o cuando estemos enfermos, cuando fracasemos, cuando sintamos que el fin no está lejos: "¿Qué dices tú de Él?" Todo dependerá de la respuesta que demos a este interrogante. Los dolores y las alegrías se llenarán de sentido si cayendo de rodillas ante Jesucristo le decimos con todo nuestro ser: "Creo, Señor". ■